

RESEÑAS DE LIBROS

François Furet, *Le Passé d'une Illusion. Essai sur l'idée comunista au XX^e siècle*, Paris: Editions Robert Laffont S.A., 1995.

Uno de los fenómenos más sorprendentes del siglo que está por concluir ha sido, sin duda, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, y los intentos que a partir de ella surgieron en varios lugares del mundo para crear una sociedad totalmente antiburguesa. Lo realmente fascinante, sin embargo, no es el éxito que llegaron a tener los regímenes socialistas, especialmente el soviético, ni la curiosa manera como este último decidió "autoeliminarse", contradiciendo los vaticinios de incluso los enemigos más decididos del socialismo; sino la "ilusión fundamental" que alimentó a sus actores y partidarios. Fue la ilusión de que era posible crear un hombre y una sociedad totalmente nuevos, libres de los vicios y los defectos de la sociedad burguesa, la que cegó a tantos intelectuales de Europa Occidental y de América Latina, y los indujo a seguir difundiendo y defendiendo las virtudes de un tipo de gobierno que ya desde la década del cincuenta había desilusionado a sus propios actores.

Es esta ilusión del comunismo la que François Furet trata de entender y explicar en este libro. Furet, actualmente profesor de Historia de la Universidad de Chicago, fue miembro del Partido Comunista Francés entre 1949 y 1956 y, como él mismo lo confiesa, presa de la pasión revolucionaria y seudoreligiosa que, con una distancia de cuarenta años, él puede ahora juzgar sin indulgencia ni rencor.

Para Furet, lo que realmente caracteriza al siglo XX es el surgimiento y la rápida

desaparición de dos regímenes sin precedentes en la historia del mundo, por su carácter íntegramente ideológico. Nos referimos al comunismo y al fascismo, dos regímenes inéditos que no fueron inventariados por Aristóteles ni por Montesquieu ni Max Weber. Su carácter ideológico radica en la creencia de la acción providencial de un hombre, ya sea Hitler o Lenin, para crear la nueva sociedad que reemplaza a la decadente sociedad burguesa.

Y no es que en los siglos anteriores el hombre haya ignorado las ideologías. De hecho, la Revolución Francesa estuvo impregnada de preceptos ideológicos y los hombres del siglo XIX no cesaron de crear con la mente nuevas sociedades donde la acción del hombre reemplazaba a la voluntad divina, pero no hay antes del siglo XX antecedentes de un "régimen ideológico" en el sentido antes descrito. Incluso el Régimen del Terror de Robespierre durante la primavera de 1794 no duró sino algunas semanas y la Fiesta del Ser Supremo tenía una connotación más bien religiosa.

Es sorprendente cómo las ideologías fascista y comunista lograron despertar no sólo el interés de las masas populares, sino también el de las clases instruidas, independientemente de lo burdas de sus ideas y razonamientos. El nacional-socialismo tuvo entre sus aliados a los espíritus más refinados del siglo en Alemania, como Heidegger. Y, en Francia, literatos de la altura de Gide, Aragon y Malraux abrazaron la ideología comunista, y otros como Drieu, Céline y Jouhandeau la ideología fascista.

Mientras que los intelectuales del siglo XIX participaron muchas veces en la política como parlamentarios o como ministros, casi

siempre fueron autónomos y, por lo tanto, inclasificables, los intelectuales del siglo XX se sometieron a la estrategia de los partidos, generalmente de tendencias extremas, hostiles a la democracia. Como Furet remarca, si bien es fácil entender por qué los discursos de Hitler emocionaban a un alemán que peleó en Verdún o a un burgués berlinés anticomunista, no es tan fácil comprender su efecto sobre personas extremadamente cultas, como Heidegger o Céline. Lo mismo se puede decir del comunismo.

El comunismo y el fascismo tienen una raíz común, que es su odio a la burguesía. Tanto para Hitler como para Lenin, la burguesía era la emisaria de todos los males del mundo.

La burguesía es el otro nombre de la sociedad moderna, que a través del libre comercio ha destruido la antigua sociedad aristocrática, fundada sobre jerarquías innatas. A diferencia del ciudadano antiguo o del señor feudal, el burgués no tiene un lugar fijo dentro de la sociedad, puesto que su único título de dominación: la riqueza, es sumamente frágil. En efecto, esta riqueza puede pertenecer a cualquiera: el que es rico podría no haberlo sido, el que no lo es podría haberlo sido.

La sociedad burguesa supone un conjunto mínimo de leyes que garantice las libertades fundamentales de cada uno de sus individuos, y la igualdad de todos, para mejorar sus condiciones de existencia, incrementando sus propiedades y riquezas a través del trabajo. En cuanto al resto, es su problema: los ciudadanos pueden tener la religión que más les guste, sus propias ideas del bien o del mal, son libres de buscar sus placeres y los fines que ellos asignen a su existencia. De esta manera, la sociedad burguesa se encuentra totalmente desprendida, por definición, de la idea del bien común.

El burgués es un individuo separado de sus semejantes, encerrado dentro de sus intereses y sus bienes. Tanto más cuando su obsesión constante es la de alejarse de los otros hombres: ¿Qué cosa es ser rico, sino volverse más rico que el vecino? Su única satisfacción es la de compararse con los demás, a través de la

admiración, la envidia o los celos, tal como lo habían señalado Rousseau y Tocqueville.

De esta manera, la sociedad burguesa termina negando los principios de igualdad-universalidad bajo los cuales está fundada. Ella no cesa de producir desigualdad -la mayor desigualdad material que ninguna otra sociedad ha conocido- al mismo tiempo que no cesa de proclamar que la igualdad es un derecho irrenunciable de todos los hombres. En las sociedades anteriores, la desigualdad tenía un *status* legítimo, establecido por la naturaleza, la tradición o la providencia. En la sociedad burguesa, la desigualdad es una idea que circula de contrabando, contradictoria con la manera cómo los individuos se imaginan a sí mismos. La burguesía no ha inventado la división de la sociedad en clases, pero ha hecho de esta división un verdadero sufrimiento, envolviéndola dentro de una ideología que la hace ilegítima.

El hombre burgués, lejos de encarnar lo universal, no tiene sino una obsesión, sus intereses, y un símbolo, el dinero. Es a través del dinero que se convierte en el ser más odiado; es el dinero el que agrupa contra él los prejuicios de los aristócratas, la envidia de los pobres y el desprecio de los intelectuales. Su poder lo hace al mismo tiempo débil ante la sociedad. Un rey es infinitamente más grande que su persona, un aristócrata tiene un prestigio que viene de un pasado anterior a él, un socialista lucha por un mundo donde él ya no vivirá. Pero el rico no es más que lo que es: rico, es todo. El dinero no acredita sus virtudes, como en la versión puritana; en el mejor de los casos le ha llegado por suerte, y podría por lo tanto perderlo mañana por mala suerte.

Es este déficit político y moral el que aflige al burgués de todas partes. Mezquino, feo, tacaño, estrecho de mente y aburrido, mientras que el artista es grande, bello, generoso, genial y bohemio.

De aquí nace este rasgo único que caracteriza a la democracia moderna dentro de la historia universal: esta capacidad infinita de producir hijos y hombres que detestan el régimen social y político donde han nacido, odiando el aire que respiran, al mismo tiempo que viven de este régimen y no conocen otro. La

escena fundamental de esta sociedad no es, como Marx lo creyó, la lucha del obrero contra el burgués, sino una lucha más esencial, que es el odio del burgués contra sí mismo.

Furet enuncia en este libro una hipótesis atrevida. Según su interpretación de la historia, el bolcheviquismo y el fascismo son hijos de la Primera Guerra Mundial. La guerra de 1914 fue la primera guerra democrática de la historia. A diferencia de las guerras anteriores donde solían combatir soldados profesionales y las poblaciones civiles apenas se veían afectadas, la Gran Guerra movilizó millones de hombres de todas las clases sociales. Millones de obreros y empleados que lucharon por su patria y que al término de la guerra esperaron una recompensa que nunca llegó.

El bolcheviquismo y el fascismo transportan al plano político el aprendizaje recibido en las trincheras: el hábito de la violencia, la simplicidad de las pasiones extremas, la sumisión del individuo a lo colectivo, en fin, la amargura de los sacrificios inútiles o traicionados. No es extraño que estos sentimientos hayan encontrado un terreno particularmente fértil en los países vencidos.

Entre el socialismo y el pensamiento antiliberal existe una antigua complicidad. Ya desde el tiempo de la Revolución Francesa, la derecha reaccionaria y la izquierda socialista comparten la misma denuncia del liberalismo burgués y la convicción de que la sociedad moderna, carente de bases durables y prisionera de la ilusión de los derechos universales, no tiene un futuro duradero.

Si la ideología comunista tardó mucho más que la fascista en caer en desprestigio, es porque estaba revestida de un transfondo filosófico. El comunismo tuvo la ambición de mostrarse conforme al desarrollo necesario de la Razón histórica, otorgándole a la "dictadura del proletariado" un carácter científico. Ilusión que le ofrecía al hombre perdido dentro de la historia un sentido a su vida y la creencia en la justicia de una causa.

Con la disolución de la Unión Soviética, lo que muere ante nuestros ojos no es sólo el régimen de Gorbachov, sino todas las versiones del comunismo y los principios revolucionarios de Octubre de 1917. Los regímenes comunistas no pudieron resistir el juicio de la historia y han desaparecido sin dejar rastro. No es sorprendente que en pocos meses hayan terminado por ceder a las ideas que la Revolución de Octubre buscaba destruir y reemplazar: la propiedad privada, el mercado, los derechos del hombre, el constitucionalismo formal y la separación de poderes, es decir, todos los principios de la democracia liberal.

Pero, este fracaso de la ideología comunista ha herido también de muerte a la pasión revolucionaria, arrojando al hombre al interior de un túnel oscuro que le impide ver hacia dónde le conducen sus acciones. Desposeído de la ilusoria seguridad de una ciencia del hombre, privado de Dios, el individuo democrático ve temblar sobre sus propias bases el devenir de la historia.

Condenado a vivir en el mundo del capitalismo, al individuo democrático se le ha vuelto prácticamente imposible imaginar una sociedad distinta. Pero, esta es una condición demasiado austera y demasiado opuesta al espíritu de las sociedades modernas como para que dure mucho tiempo. El habitante de la sociedad capitalista está demasiado acostumbrado a imaginar un mundo mejor, puesto que el medio donde vive le promete que es libre como todos e igual a todos. Para Furet, la desaparición del mundo soviético si bien cierra una época, no agota el repertorio de la historia. La democracia, por su misma naturaleza, necesita fabricar un mundo posterior a la burguesía y al capital, donde el hombre pueda vivir realmente en comunidad. ¿Cuál será entonces la nueva ideología revolucionaria que reemplace al comunismo?

Jorge Fernández-Baca